



VOL: AÑO 1, NUMERO 2

FECHA: OTOÑO 1986

TEMA: POLITOLOGIA CONTEMPORANEA

TITULO: **El marxismo funcionalista rehabilitado: Comentario sobre Elster [*]**

AUTOR: *Philippe Van Parijs* [**]

SECCION: Notas y traducciones

TEXTO

Desde los tiempos de Marx, las explicaciones de las instituciones o las políticas han sido expresadas muy a menudo en términos de funciones, bien fuera para los intereses de la clase dominante, bien fuera para el mantenimiento de un determinado modo de producción, bien fuera para unos y otro. La mayoría de las veces, especialmente cuando aparecen en panfletos o discursos, tales explicaciones admiten una interpretación conspirativa (que no presenta problemas desde el punto de vista metodológico): las instituciones y las políticas han sido deliberadamente establecidas por la clase dominante al servicio de sus intereses. Por diversas razones, sin embargo, los marxistas académicos han tendido a huir de tal interpretación -lo que Althusser solía llamar la *solution para la clique* [1]- al tiempo que no renunciaban a la ambición explicativa de un recurso a las funciones. Así pues, nos quedan las explicaciones marxistas de las instituciones o las políticas que hacen referencia a las funciones latentes (las consecuencias beneficiosas no intencionales y no reconocidas), es decir, el marxismo funcionalista en el sentido en que Elster utiliza este término.

Ahora que ha pasado la moda del llamado estructuralismo, se podría pensar que un ataque al marxismo funcionalista no puede tener sino un interés muy limitado. Pero no es así. No sólo el marxismo funcionalista impregna todavía a un sector importante de la investigación y la enseñanza marxista, sino que dos de los más apasionantes desarrollos de la teoría marxista en los últimos tiempos son también evidentes variantes del marxismo funcionalista. Uno de ellos es la ordenación y defensa por G.A. Cohen del materialismo histórico con las herramientas de la filosofía analítica. El otro es el análisis histórico del capitalismo por la llamada escuela de la "regulación", compuesta por economistas franceses como Aglietta, Boyer, Mistral, Benassy y Lipietz [2]. Si se pudiera demostrar que el marxismo funcionalista presenta fallos fundamentales, muchas clarificaciones conceptuales del libro de Cohen y muchos análisis empíricos llevados a cabo dentro del marco de la "regulación" conservarían todo su valor, pero la afirmación esencial de Cohen de que es posible defender las proposiciones centrales del materialismo histórico interpretándolas como explicaciones funcionales tendría que ser abandonada, y también la idea clave de los regulacionistas de que se entiende mejor la evolución de las economías capitalistas si se parte de las funciones desempeñadas por diversas instituciones desde el ángulo de la "regulación" del sistema. El desafío de Elster, por consiguiente, no puede ser desechado a la ligera sobre la base de que va dirigido contra un hombre de paja. Ha de ser tomado en serio. Hay dos estrategias generales para poner en duda la validez del marxismo funcionalista: una se basa en la afirmación de que este último tiene fallos porque los tiene el funcionalismo en las ciencias sociales en general, y otra se centra en los rasgos específicos del marxismo funcionalista. Elster recurre a

ambas. En este artículo, consideraré sucesivamente las dos y mantendré que ninguna de ellas es correcta.

Selección natural, refuerzo y procesos absorbentes de Markov

En su formulación más tajante, la postura de Elster es que "el análisis funcional no tiene cabida en las ciencias sociales porque no existe ninguna analogía sociológica con la teoría de selección natural" (p. 39 supra, la cursiva es mía) [***]. Como deja claro esta cita, la animosidad de Elster hacia el funcionalismo no proviene de la creencia de que explicar un fenómeno cualquiera por sus consecuencias (no intencionales) sea un "error lógico", un pecado contra una cronología correcta. Más bien deriva de la adopción de un principio general muy cercano, aunque no idéntico, al individualismo metodológico [3], que puede ser formulado de la siguiente manera: siempre que en las ciencias sociales se proponga una explicación, y especialmente en el caso de una explicación funcional, "hay que aportar algún mecanismo para que la explicación sea tomada en serio" (p. 37). Y, a diferencia de la biología, prosigue el argumento de Elster, las ciencias sociales no pueden aportar a sus explicaciones funcionales ningún mecanismo adecuado. De aquí el rechazo de cualquier forma de funcionalismo para las ciencias sociales. Si bien el principio general es, en mi opinión, perfectamente válido [4], este rechazo está injustificado. Está injustificado porque la premisa menor recién enunciada que es precisa para derivar el rechazo del principio general es patentemente falsa, como da a entender el propio Elster.

En primer lugar, Elster deja explícitamente un margen a la teleonomía, o procesos seguidos por la selección natural (en contraposición a la teleología o procesos guiados por un propósito) en la explicación de los fenómenos sociales. Por ejemplo, admite la posibilidad de una explicación funcional legítima del comportamiento del mercado partiendo de un modelo de competencia entre empresas basado en la selección natural (p. 24). Por supuesto, sigue siendo posible afirmar que el espacio así dejado al funcionalismo es de hecho muy pequeño (y además está muy alejado del terreno tradicional del funcionalismo) y que, "en los casos, mucho más numerosos, en que no existe ninguna analogía con la selección natural, las funciones latentes no pueden explicar sus causas" (ibid). Sin embargo, en una importante nota a pie de página (n. 7), menciona que se podría usar "como base de la explicación funcional" un modelo diferente, a saber un modelo que describe el cambio social como un proceso absorbente de Markov, es decir que considera que las instituciones "sufren continuos cambios hasta que llegan a un estado en el que ya no hay presiones para que se produzca un nuevo cambio". Además, en otra nota (n. 40), se refiere también implícitamente al refuerzo, es decir, a lo que yo diría que es con mucho el mecanismo más significativo para legitimar las explicaciones funcionales en las ciencias sociales [5].

Antes de examinar dónde deja este triple reconocimiento el rechazo general del funcionalismo en las ciencias sociales, hagamos una pausa para tratar de clarificar la relación entre el esfuerzo y los procesos absorbentes de Markov. Para empezar, el refuerzo es una generalización de un condicionante activo que puede ser descrito aproximadamente de la siguiente forma [6]. Mientras que la selección natural y otros procesos análogos consisten siempre en la selección de algún elemento (por ejemplo, el comportamiento del mercado) a través de la selección de una entidad (por ejemplo, una empresa) a la que caracteriza, el refuerzo consiste en la selección de un elemento (por ejemplo, un hábito) directamente dentro de la entidad afectada (por ejemplo, un organismo). Tres diferencias relacionadas entre sí se desprenden inmediatamente de este contraste básico. En lugar de las posibilidades de reproducción de la selección natural, el refuerzo implica la actuación de algún criterio de "elección" interno a la entidad, digamos sus "posibilidades de satisfacción". Además, el refuerzo requiere el registro, por borroso y esporádico que sea, del lazo causal entre el elemento y sus funciones, mientras que la

selección natural no requiere ningún tipo de consecuencia. Finalmente, el refuerzo justifica la explicación de los cambios que tienen lugar dentro de una entidad particular, y no sólo de los que tienen lugar en una población de entidades (o en un miembro representativo de ésta). Algunos procesos de refuerzo, como el que acabamos de exponer, pueden ser descritos también como procesos absorbentes de Markov. Pues mientras que la selección natural se refiere exclusivamente a niveles relativos de reproducción (o supervivencia), las entidades (organismos, sociedades) dentro de las cuales tiene lugar el refuerzo son generalmente sensibles a niveles absolutos de satisfacción del siguiente modo. Si su satisfacción está por encima de un cierto umbral, aunque sea inferior al óptimo, las entidades no se mueven de la posición que ocupan en el espacio de hábitos y prácticas posibles. Pero si está por debajo de ese nivel, empiezan por alterar sus costumbres de una forma (más o menos) ciega, hasta que dan con una posición en la que sus posibilidades de satisfacción están de nuevo por encima del umbral. Esta versión del refuerzo (con "tasas de mutación" variables), que podría hacerse más compleja si se especificara cómo es posible que cambien los umbrales como resultado de un cambio de expectativas, puede obviamente ser asimilada a un proceso de Markov con un estado absorbente (o un conjunto de estados absorbentes): algunas posiciones en el espacio de los hábitos y las prácticas posibles son tales que la probabilidad de salir de ellas es despreciable, mientras que la probabilidad de abandonar alguna otra posición (dentro de un período de tiempo determinado) es cercana a 1.

Esto podría sugerir que los procesos absorbentes de Markov constituyen un subconjunto de procesos de refuerzo. Pero no es así. Tomemos el ejemplo de una piedra irregular en la playa y supongamos que tiene sólo un lado ancho y plano. El reposo sobre ese lado constituye un estado absorbente de la piedra si la probabilidad de moverse de esa posición (digamos al ser alcanzada por las olas) es pequeña, mientras que la probabilidad de moverse de otra posición cualquiera es mucho mayor. Está claro que no hay aquí ningún refuerzo. Pero creo que está igualmente claro que no es razonable proponer ninguna explicación funcional (de la posición en la que la piedra tiende a colocarse). Hablar de un proceso absorbente de Markov no es más que una forma cómoda de describir un sistema como uno o más estados de equilibrio estable cuando se pueden identificar estados discretos (mientras que el lenguaje de la homeostasis es más conveniente en el caso de estados continuos). Y existen muchos sistemas con estados de equilibrio (tales como la piedra en la playa o la canica en el hoyo) en los que las explicaciones por las consecuencias están totalmente fuera de lugar. Por consiguiente, puede ser todavía posible afirmar que, en la medida en que son pertinentes para la legitimación de las explicaciones funcionales, los procesos absorbentes de Markov constituyen una variedad de refuerzo, y que este último, por tanto, proporciona la única alternativa a la selección natural como base para el funcionalismo. Pero, ¿qué sucede con el hombre dormido que "busca" una posición cómoda, o con el bebé de un año que se instala en una alfombra después de haber andado a gatas por las frías baldosas, o con el paramecio hambriento que se mueve al azar hasta que tropieza con una provisión de alimento? [7] Cada una de estas situaciones puede ser obviamente considerada como un ejemplo de proceso absorbente de Markov. Además, parece que en cada uno de estos casos la posición en la que se coloca el organismo puede ser explicada por referencia a sus consecuencias (hacer que el hombre que duerme o el bebé que anda a gatas estén cómodos, permitir que el paramecio se alimente). Y sin embargo, aquí no interviene ningún esfuerzo, como el antes descrito. No obstante, no creo que estos aparentes ejemplos en contra de la afirmación hecha al final del párrafo anterior hagan de los procesos absorbentes de Markov una fuente irreductible de legitimación para las explicaciones funcionales. Pero si aquí parece adecuada una explicación funcional, diría yo, se debe en parte a que la absorción del sistema en la posición "funcional" es simplemente la manifestación de un dispositivo genéticamente heredado que es a su vez "funcional" (desde el punto de vista de la supervivencia o la reproducción) y que es el

resultado de una selección natural (particularmente clara en el ejemplo del paramecio), y en parte a una confusión con situaciones ligeramente diferentes, en las que el hecho de estar en la posición "funcional" es un hábito moldeado por un refuerzo pasado (negativo), más que en el mero resultado de la ausencia de una presión para que el organismo se mueva (particularmente clara en el ejemplo del bebé que anda a gatas).

Hay, sin embargo, un tipo de ejemplo contrario más difícil de rebatir. Lo que me permite utilizar la estrategia de doble desestimación esbozada en el párrafo anterior es que en la base de la inestabilidad de los estados no absorbentes hay algún tipo de "tensión" o "dolor". Pero esto no tiene por qué ser así. Supongamos, como sugería Marx (citado por Elster, p. 29), que el sistema de estratificación de una sociedad que no tiene ninguna movilidad social es intrínsecamente inestable, porque impide a la clase dominante consolidar su dominio sacando de la clase subordinada a los elementos más capaces de ésta. Un sistema de estratificación con movilidad social es, pues, un estado absorbente. Pero no se necesita ninguna generación o realización de una "tensión" (como se requería en el caso del refuerzo) para que tenga lugar la "absorción". Tampoco se hace ninguna referencia a una selección natural de los sistemas sociales (en contraposición a una selección de los estados civiles). Y, sin embargo, tiene sentido al parecer, explicar la presencia universal (o generalizada) de la movilidad social por su función de reforzamiento de la clase dominante. ¿O deberíamos más bien asimilar tal explicación a la explicación de la obesidad de un hombre por su "función" de impedirle hacer ejercicio (que es lo que le mantiene obeso) [8], y descartarla resueltamente como una falsa explicación funcional?

Pero retomemos el hilo de la discusión. Abarque o no el refuerzo de los casos de procesos absorbentes de Markov que legitiman la explicación funcional, es posible preguntarse por qué no podría proporcionar una justificación general al funcionalismo en las ciencias sociales, del mismo modo que la selección natural proporciona una justificación general al funcionalismo en la biología. Para empezar, debemos tener cuidado de no pedir en el terreno sociológico más de lo que se juzga necesario en el biológico. Reformulemos de esta forma los tres paradigmas funcionales de Elster: [9]

(D) Todas las instituciones y todos los modelos de conducta tienen funciones latentes, es decir consecuencias no intencionales y no reconocidas, que son beneficiosas para alguna estructura económica o política dominante (paradigma funcional débil).

(P) Todas las instituciones y todas las pautas de conducta que tienen funciones latentes se explican por éstas (paradigma funcional principal).

(F) Todas las instituciones y todas las pautas de conducta tienen funciones latentes y se explican por éstas (paradigma funcional fuerte).

De estos tres principios, el primero es lo suficientemente vago como para ser trivialmente cierto, al igual que lo es su contrapartida biológica. Dado que F está implícito en la conjunción de D y P, se deduce que el paradigma principal y el paradigma fuerte son igualmente defendibles o vulnerables [10]. Estoy totalmente dispuesto a admitir que ninguno de ellos puede ser defendido seriamente. Pero tampoco pueden serlo sus contrapartidas en biología. No sólo los biólogos admiten situaciones de "desequilibrio", en las que la selección natural no ha hecho todavía su trabajo, sino que incluso "en equilibrio" reconocen que es posible que algunas consecuencias beneficiosas (relacionadas por ejemplo con la supervivencia del grupo) no desempeñen un papel en la explicación de la presencia de la característica de la que derivan. Todo lo que necesitamos para dar cabida al funcionalismo en las ciencias sociales es un mecanismo cuyo funcionamiento nos permita comprender el sentido de la exploración de algunas de las consecuencias de muchas instituciones o pautas de conducta como forma de explicar éstas. Mi tesis es que el refuerzo (con o sin una presión endógena en favor del cambio)

constituye tal mecanismo. Partiendo de la explicación funcional de los modelos lingüísticos, he demostrado en otro lugar cómo es posible legitimar sobre esta base una amplia gama de explicaciones funcionales en las ciencias sociales [11].

El argumento más explícito de Elster en defensa de la tesis opuesta figura al final de su nota a pie de página sobre los procesos de Markov absorbentes: "Yo diría que -a diferencia de lo que ocurre en biología- no hay razones para pensar que este proceso de adaptación irá alguna vez a la par del medio social cambiante" (n. 7). El argumento, desgraciadamente, no es desarrollado, y su esbozo no resulta convincente. Es cierto que los medios sociales tienden a cambiar más de prisa que los naturales. Pero las presiones endógenas en favor del cambio dotan a los sistemas sociales de un modo de acelerar la adaptación del que no disponen los sistemas biológicos. Además, aun cuando hubiera una diferencia en lo referente a los plazos de la adaptación, la diferencia sería cuestión de grado y no justificaría la tajante restricción que hace Elster de las explicaciones funcionales a las ciencias biológicas. Si se quiere erradicar el funcionalismo de las ciencias sociales, habrá que lanzar un ataque más enérgico.

El proceso de prueba y error en la sociedad y el funcionalismo a largo plazo

Es posible que Elster se equivoque al descartar el funcionalismo en las ciencias sociales en su conjunto, pero tiene razón al rechazar su variante marxista, ya que la materia de que se ocupa esta última puede poseer rasgos específicos que impiden el funcionamiento del refuerzo. Se me ocurren tres variantes de este argumento, dirigidas específicamente contra el marxismo funcionalista. Se podría insistir en que las explicaciones funcionales marxistas exigen normalmente un proceso de prueba y error en la sociedad, que se refieren normalmente a consecuencias a largo plazo y que se aplican normalmente a situaciones de conflicto. En esta sección considero las dos primeras variantes, dejando la primera y más importante para la sección final.

Para ilustrar la primera variante del argumento, consideremos la explicación marxista de las relaciones de producción por referencia al desarrollo de las fuerzas productivas. Como ha sostenido convincentemente Cohen, la única forma de comprender esta explicación es interpretarla como una explicación funcional [12]. Por diversas razones, en las que no tengo por qué entrar aquí, es posible descartar fácilmente una elaboración en términos de selección natural. Pero, ¿qué tal vendría aquí un caso de refuerzo? El más sencillo sería el siguiente. En un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, las personas prueban diversas formas de relaciones de producción. Pronto se dan cuenta de que una es mejor que las otras desde el punto de vista del desarrollo productivo, que es lo único que les preocupa en lo que concierne a las relaciones de producción. Por consiguiente, tienden a instaurar esa forma óptima, al menos hasta que las fuerzas productivas se hayan desarrollado hasta tal punto que otra forma -que habrán descubierto gracias a variaciones aleatorias- se haya convertido en la óptima. Por supuesto es posible que se den considerables demoras y efímeros desvaríos, pero, a la larga, los resultados que predice la teoría son inevitables. En otras palabras, el nivel alcanzado por las fuerzas productivas determina los atractores o estados de equilibrio localmente estables, en el espacio de las formas posibles de relaciones de producción. Y el refuerzo (con el desarrollo productivo como criterio de selección) es el mecanismo equilibrador. Pese al elemento de conciencia -el registro del vínculo causal- que requiere el refuerzo, a diferencia de la selección natural, las explicaciones por las funciones latentes pueden ser legitimadas de esta forma: las "mutaciones" no tienen que entrar en la previsión de consecuencias particulares, y aun cuando estas consecuencias tienen que ser reconocidas, aunque sea confusamente, por algunas personas en algún momento, esta conciencia no existirá normalmente para la mayoría de las personas durante la mayoría del tiempo. Si esta elaboración de la tesis del materialismo fuera considerada

suficientemente plausible, y pudiera hacerse extensiva a la explicación funcional que se da, por ejemplo, en la teoría marxista del Estado, entonces la recusación más estricta de Elster sería tan poco aplicable como su recusación general, y el marxismo funcionalista, aunque no esté libre de degenerar ocasionalmente en especulaciones gratuitas, sería básicamente correcto.

Sin embargo, si nos paramos a reflexionar, pronto nos damos cuenta de que las consecuencias diferenciales de las diversas formas de relaciones de producción sólo pueden ser reveladas por cambios que afecten a las relaciones de producción de la formación social en su conjunto, más que a las de sus partes componentes. En otras palabras, el proceso de prueba y error que permite al sistema situarse en una posición óptima debe consistir en un refuerzo de la sociedad y no, como por ejemplo en el caso de los hábitos lingüísticos, en un refuerzo colectivo, es decir en la suma de procesos individuales de prueba y error [13]. Ahora nos enfrentamos a un dilema. O bien los cambios requeridos en la sociedad (sean indeliberados o no) ocurren muy rara vez -en cuyo caso hay sólo una pequeñísima posibilidad de que prevalezca alguna vez la combinación óptima- o bien suceden con más frecuencia -en cuyo caso se pone en tela de juicio la idea misma de una combinación en equilibrio (presupuesta por la idea de que las relaciones de producción se ajustan al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas). O, por decirlo de otra manera: supongamos que descartamos la segunda parte del dilema debido a sus consecuencias poco atractivas y debido a que, de cualquier forma, es muy poco plausible (a diferencia de sus réplicas en el caso de la selección natural y en el del refuerzo colectivo). Entonces, el número de procesos de prueba y error de que disponemos es totalmente insuficiente para producir y registrar las consecuencias diferenciales pertinentes. Y sin esa producción y ese registro, es posible explicar y predecir los cambios por las expectativas (correctas o equivocadas) de ciertas consecuencias, pero ya no es posible legitimar una explicación funcional.

Aunque sería, esta dificultad no es decisiva. Sería decisiva si el refuerzo sólo pudiera tener en cuenta los niveles relativos de satisfacción. Pero como hemos visto antes, hay una variante del refuerzo, precisamente la variante sobre la que Elster se muestra más explícito, en la que la intensidad de la "mutación" se ve endógenamente afectada por el nivel de "tensión". En los sistemas absorbentes de Markov de este tipo, incluso un nivel muy bajo de mutación es suficiente para generar una tendencia hacia una posición de equilibrio, cuya especificación está por ello dotada de un considerable poder de predicción y explicación. Sin embargo, el recurso a este tipo de argumento nos obligaría a revisar sustancialmente la exposición funcional que hace Cohen de la explicación de las relaciones de producción en dos aspectos. En primer lugar, cualquier idea de que prevalecerá la forma óptima de relaciones de producción debería ser abandonada. Incluso muy a la larga, lo único que nos permite esperar este tipo de mecanismo es que las formas que funcionen muy mal no prevalecerán mucho tiempo, y no que la formación social sólo instaurará la forma que mejor funcione. Como dice Elster: "Esta concepción (la de los cambios sociales como procesos absorbentes de Markov) podría ser utilizada como base de la explicación funcional con la salvedad de que explicaría los estados sociales en términos de la ausencia de consecuencias desestabilizadoras, y no en términos de la presencia de consecuencias estabilizadoras" (n. 7) [14]. Una vez más, la metáfora de una atracción evolutiva hacia una posición óptima localmente estable debería ser sustituida por la metáfora de una repulsión evolutiva desde posiciones generalmente inferiores a la óptima (y por consiguiente inestables).

En segundo lugar, si adoptamos la elaboración de un proceso absorbente de Markov, deja de ser plausible la explicación de la forma que adopten las relaciones de producción por su función de promover el desarrollo de las fuerzas productivas. En el caso del capitalismo, por ejemplo, lo que impulsa una búsqueda activa de formas alternativas, tan

pronto como el desarrollo de las fuerzas productivas ha alcanzado tal nivel que existe una "contradicción" con la forma en curso de las relaciones de producción, difícilmente puede ser que las fuerzas progresen ahora a un ritmo inferior al tolerable [15]. Lo que inspira el cambio es más bien lo absurdo de la super-producción y el desempleo cíclica o crónicamente generados por las relaciones de producción capitalistas. El ajuste de las relaciones de producción a las fuerzas productivas no consiste, pues, en la exclusión de las formas que no son suficientemente "productivas", sino más bien de las formas que son excesivamente "inductoras de crisis", en un cierto sentido del término "crisis" lo suficientemente general como para ser usado fuera del marco del capitalismo, aunque sin convertir la frase de que las crisis impulsan el cambio en una mera tautología. La explicación funcional de las relaciones de producción (en un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas) debería por consiguiente ser formulada en términos de una "minimización" de la crisis más que de una "maximización" de las fuerzas. Para hacer frente a la primera dificultad específica suscitada por el marxismo funcionalista, parece, pues, que habría que reformular algunas explicaciones clásicas propuestas en el marco de aquél. Pero dada la posibilidad de una "repulsión" evolutiva normalmente asociada a los procesos de Markov del tipo mencionado por Elster, las explicaciones funcionales marxistas que requieren un refuerzo en la sociedad no son en modo alguno necesariamente erróneas.

Una segunda dificultad específica relacionada con el marxismo funcionalista es insistentemente señalada por Elster. Deriva del hecho de que el marxismo funcionalista normalmente explica las instituciones o las políticas por referencia a sus beneficios a largo plazo. Tales explicaciones, mantiene Elster, no sólo adolecen de los defectos de todas las explicaciones funcionales ordinarias (defectos que están lejos de ser decisivos, si el argumento de la sección anterior es correcto), sino que además, son fundamentalmente ambiguas, "porque la distinción entre corto y largo plazo puede ser interpretada como una distinción entre efectos transitorios y efectos permanentes, o como una distinción entre dos tipos de efectos permanentes" (p. 31). Aunque estoy totalmente de acuerdo en que esta distinción es importante y está a menudo difuminada en la literatura del marxismo funcionalista, no veo dónde está la fuerza de esta acusación de ambigüedad, y dejarnos unas explicaciones perfectamente válidas, si no surgen nuevas dificultades. Sin embargo, según Elster, surgen nuevas dificultades, pues las explicaciones funcionales a largo plazo son también (inevitablemente) arbitrarias, "porque la manipulación de la dimensión temporal casi siempre nos permite encontrar un aspecto en el que un determinado modelo es bueno para el capitalismo" (p. 31). Es indudable que la manipulación de la dimensión temporal -al igual que la manipulación de la distinción entre intereses económicos y políticos (pp. 33-35) o la de la distinción entre el interés individual, el interés de la clase y el interés del capital (p. 38)- sirve a veces al inútil propósito de inmunizar la afirmación de que una determinada institución o política tiene algunas consecuencias (terriblemente) beneficiosas, por referencia a las cuales puede ser explicada. Pero esto difícilmente puede ser considerado como un rasgo intrínseco de las explicaciones funcionales a largo plazo y ciertamente no descarta la posibilidad de que muchas de ellas (e incluso algunas de las introducidas en aras de la inmunización) puedan ser correctas.

Pero entonces nos enfrentamos con la tercera y más seria objeción de Elster: el funcionalismo a largo plazo es inconsecuente "porque unos efectos positivos a largo plazo nunca podrían dominar a unos efectos negativos a corto plazo si no hay un actor intencional" (p. 31). O, como también escribe, "las consecuencias positivas a largo plazo, no intencionales y no reconocidas de un fenómeno no pueden explicarlo cuando sus consecuencias a corto plazo son negativas" (pp. 24-25). Obsérvese, en primer lugar, que dado que el alcance de esta afirmación no está restringido a las ciencias sociales, la selección natural ofrece ya una refutación. Consideremos el caso del altruismo de los padres, por ejemplo el avefría que finge estar herida para alejar del nido a un depredador.

Dada mi interpretación de la distinción entre efectos permanentes a corto y largo plazo (por paradójico que pueda parecer), los efectos a corto plazo de la presencia de esta característica son negativos y consisten en la reducción de las posibilidades de supervivencia del organismo cuando es adulto, mientras que los efectos a largo plazo son positivos y consiste en el incremento de las posibilidades de supervivencia de los descendientes del organismo cuando son jóvenes. Como he argumentado con cierta amplitud en otro lugar, la situación es algo diferente en el caso del refuerzo, en la medida en que el refuerzo no sólo requiere que se produzcan consecuencias a largo plazo (lo que puede ser impedido por unas consecuencias a corto plazo sumamente negativas), sino también que sean reconocidas (lo que resulta muy improbable cuando son muy remotas) [16]. Sin embargo, este hecho no basta en modo alguno para apoyar la tajante afirmación de que "unos efectos positivos a largo plazo nunca podrían dominar a unos efectos a corto plazo".

El funcionalismo aplicado al conflicto y el sentimiento de injusticia

El marxismo funcionalista suscita una tercera dificultad específica, que amenaza su respetabilidad mucho más seriamente que el argumento relativo a la necesidad de un proceso de prueba y error en la sociedad o que el referente a las consecuencias a largo plazo. Esta dificultad, que no es explícitamente mencionada por Elster aun cuando esté íntimamente relacionada con su decisión de centrarse en la teoría de juegos en la segunda parte de su artículo, es en cierto modo una simple variante de la vieja objeción de que el "funcionalismo" no es adecuado para tratar de situaciones de conflicto, que son de vital importancia para el marxismo. Cuando se aplican a las sociedades, todas las variantes del mecanismo de refuerzo suponen que los criterios de "satisfacción" o "tensión" se aplican con bastante homogeneidad a los individuos y grupos. Volviendo a nuestro ejemplo, que una forma de relaciones de producción sea o no "mejor" que otra (en virtud de que promueve el desarrollo productivo o evita la crisis) no varía de un miembro de la sociedad a otro. Este supuesto puede parecer bastante aceptable cuando tratamos de explicar funcionalmente modificaciones de las relaciones de producción relativamente secundarias, tales como la reducción de la jornada de trabajo. Las reivindicaciones y las luchas de la clase obrera desempeñaron un papel clave a la hora de conseguir esta reducción a pesar de que ésta también interesaba a largo plazo a los capitalistas (cosa que éstos percibían). Pero es el hecho de que los capitalistas individuales estén atrapados en un "dilema del prisionero" lo que impide a cualquiera de ellos dar el primer paso. En tal caso, la explicación del conflicto de clase por referencia a la "lucha militante" puede, pues, ser fácilmente reconciliada con la explicación funcional por referencia a las "necesidades del sistema" (y, como se podría argumentar, sometida a ésta) [17].

Pero el argumento no se refiere al caso de los cambios de un modo de producción a otro. Porque en este último caso alguien, a saber la clase dominante en ese momento, está destinada a perder incluso a largo plazo si se produce el cambio. El punto clave de la principal sugerencia de Cohen acerca del caso de la transición es que la clase que está en condiciones de ganar más con el cambio tenderá a atraer aliados en número suficiente (porque hay un interés general en el incremento de la capacidad productiva asociado con el cambio) para derrocar a la clase dominante existente [18]. La creencia de que cuando está en juego una transición normalmente interviene una variante de este proceso permite a Cohen asignar sólo una importancia "secundaria" a las "vicisitudes de la lucha de clases": no tienen la menor relación con las tesis centrales del materialismo histórico, que determinan el resultado a largo plazo de la lucha de clases (independientemente de cuál sea el camino) y deben ser interpretadas funcionalmente [19]. Sin embargo, el proceso de transición de un modo de producción a otro tiene poco de ver con una mayoría de votos (e incluso con una mayoría abrumadora de votos). Aunque el cambio en la estructura

económica de una sociedad interese al grueso de sus miembros (si bien no a todos ellos) y de alguna forma estos lo adviertan, nada garantiza, ni siquiera a largo plazo, que este cambio se efectúe de forma duradera.

Desde luego, se suele suponer que en el proceso de hacer que el socialismo sea posible y (en caso de ser realizado) superior como modo de producción, el desarrollo de las fuerzas productivas dota también a la clase obrera de unas "capacidades de clases" que le permitirán luchar con éxito. En particular, al concentrar y homogeneizar la producción, fomentan la organización de la clase obrera y su capacidad de llevar a cabo una acción colectiva. Sin embargo, como bien han señalado Levine y Wright, está lejos de ser obvio que el desarrollo de las fuerzas productivas (especialmente en el capitalismo avanzado) tenga ninguna influencia consecuentemente positiva sobre la capacidad de organización de los trabajadores, y es todavía menos obvio que, por mucha influencia positiva que pueda tener, ésta no sea contrarrestada con creces por factores adversos, tales como la segmentación del mercado de trabajo [20]. Dado que lo que es de interés para la "sociedad en su conjunto" no es de interés para cada uno de sus miembros (incluso a largo plazo o sin ser conscientes de ello), no podemos prescindir de un análisis de las "vicisitudes del conflicto". Por tanto, ya no es posible decir que, pese a los desfases de tiempo y a las desviaciones temporales, el sistema sólo podrá colocarse en determinadas posiciones a las que están asociadas consecuencias (localmente) óptimas. Aun si se pudiera demostrar que el progreso productivo desarrolla la capacidad de organización de los trabajadores y que lo hace de tal forma que anula las influencias que lo contrarrestan, el poder de los capitalistas seguiría sin ser nulo y su interés objetivo en el mantenimiento de las relaciones de producción vigentes permanecería intacto. Las "vicisitudes del conflicto" serán decisivas para el resultado, por mucho que el materialismo histórico pueda decir lo contrario. Y ninguna explicación funcional, esté o no relacionada con el materialismo histórico, puede ser aquí convenientemente utilizada para explicar la forma de las relaciones de producción. Dado que en las otras áreas del marxismo funcionalista existe normalmente la misma situación de conflicto [21], es posible que, después de todo, aquél esté condenado.

Sin embargo, aquí también podría haber una solución, aunque implicase una desviación significativa de la concepción clásica de la lucha de clases. Como acabamos de ver, ningún mecanismo que implique únicamente intereses (en conflicto) puede legitimar la expectativa de que, a la larga, los "imperativos funcionales" están destinados al triunfo. Pero tal vez otro mecanismo pudiera hacer esta labor, un mecanismo en el cual los valores, y en particular las creencias acerca de lo que es justo e injusto, desempeñan un papel crucial. Ni que decir tiene que esta sugerencia sólo tiene sentido a condición de que se conceda a los valores una dinámica propia, es decir, de que no sean reducidos a reflejos o racionalizaciones de intereses subyacentes. En el curso de su examen de las posibles elaboraciones de las tesis explicativas centrales del materialismo histórico, Cohen apunta brevemente en esta dirección; a medida que se desarrolla la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción existentes, "el sentimiento de opresión e injusticia siempre latente en la clase sometida se hace más manifiesto, alimentado por la clase cuya hora de gloria se aproxima, y las ilusiones dominantes palidecen". Luego cita la opinión de Engels de que "las ideas de igualdad y rectificación de la injusticia son perennes, pero sólo adquieren importancia histórica cuando y porque hay una contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción" [22]. En esta misma línea, al final de su libro sobre la explotación y la clase, John Roemer sugiere que una sociología de la injusticia -es decir, a grandes rasgos, el estudio de la dinámica de los valores que acabamos de mencionar- debería ofrecer un vínculo entre el determinismo tecnológico del materialismo histórico y el mecanismo que el materialismo histórico propone para realizar su predicción determinista, a saber la lucha de clases [23]. La idea básica que tanto Cohen como Roemer parecen sugerir es que, cuando una forma

determinada de relaciones de producción se convierte en inferior a la óptima (o empieza a generar crisis), también resulta menos legítima o más "explotadora" a los ojos de las personas afectadas (los explotados, pero también, como se podría argumentar, los explotadores). Al incrementar la ira de los explotados y debilitar la resistencia de los explotadores, esta erosión de la legitimidad de las relaciones de producción vigentes lleva pronto a su sustitución. En otras palabras, el cambio de valores ejerce un impacto clave en la lucha de clases y la transición al desinhibir el poder de los explotados al tiempo que hace gradualmente que los explotadores renuncien a usar el suyo.

Claramente, este enfoque nos obliga a examinar una constante en la concepción de injusticia o explotación que suele hacer que la gente tienda a considerar injusto o explotador cualquier modo de producción que ha dejado de ser "progresivo" (ya sea en el sentido de maximizar el desarrollo de las fuerzas productivas o en el de impedir crisis importantes). La definición general tradicional de la explotación -sólo hay explotación si a los trabajadores se les niega el control sobre parte del producto de su trabajo- no es de ayuda para tal fin, ya que un modo de producción no es menos explotador en este sentido cuando es progresivo que cuando no lo es. Tampoco sirve la definición de Roemer basada en la teoría de juegos -sólo hay explotación si un grupo se puede retirar mejorando su suerte- porque es necesario suponer diferencias tan importantes en el funcionamiento de los diversos modos de producción como las diferencias en los incentivos al trabajo y a la innovación asociadas con ellos [24]. Pero otro criterio sencillo, insinuado de pasada por Roemer [25], podría servir mucho mejor. Es el "principio de diferencia" de Rawls, que puede ser reformulado aquí para afirmar que las relaciones de producción sólo son legítimas si los que están en peor situación bajo ese modo de producción están en mejor situación de lo que lo estarían bajo una forma alternativa. Al centrarse en la suerte de los que están en peor situación, el principio de diferencia de Rawls consigue seguir siendo un principio agregativo (es decir, una variante del principio de utilidad) y tener al mismo tiempo cierto atractivo como criterio de justicia. A causa del primer rasgo, puede aproximarse bastante al criterio de "productividad" de un modo de producción (ya sea en el sentido de maximizar el desarrollo productivo o en el de evitar la crisis). Y, a causa del segundo rasgo, proporciona al menos una hipótesis aproximada acerca de lo que hace que la gente perciba el orden social en el que vive como injusto y se rebele contra él. Cuando un determinado modo de producción deja de maximizar el desarrollo de las fuerzas productivas o cuando lleva a una sucesión de graves crisis, su legitimidad se ve erosionada hasta tal punto -como diría el argumento requerido- que la lucha de la clase explotada para reemplazarlo está destinada a triunfar [26].

Resulten o no concluyentes, los argumentos de la imposibilidad (o, mejor dicho, los argumentos de la necesaria invalidez) del tipo propuesto por Elster en la primera mitad de su artículo sirven para un propósito muy útil. Si son concluyentes, clarifican espectacularmente la estructura del campo. Si no lo son, suscitan un intento de especificar los límites dentro de los cuales siguen siendo legítimos los enfoques que tratan de excluir. En la primera sección de este artículo, he afirmado que el funcio-marxismo funcionalista no era ilegítimo por el mero hecho de tratar de explicar los fenómenos sociales por referencia a sus funciones latentes. Y en las otras dos secciones he afirmado que aun si en la totalidad o la mayoría de los casos 1) se requiere algún proceso de prueba y error en la sociedad, 2) se hace referencia a las consecuencias a largo plazo y 3) se debe tener en cuenta la existencia de intereses esencialmente en conflicto, el uso por el marxismo de las explicaciones funcionales no puede ser descartado por motivos puramente metodológicos. La explicación de la naturaleza del mecanismo requerido no revela ninguna inconsecuencia que nos exima de considerar las pruebas presentadas (a veces) en favor de tales explicaciones. En el proceso, sin embargo, se han clarificado las condiciones en las que estas últimas pueden ser válidas. Y hay que reconocer que estas condiciones son preocupantemente estrictas. Por

consiguiente, creo que una reorientación de los esfuerzos teóricos marxistas en otras direcciones, por ejemplo hacia la teoría de juegos [27], es una estrategia prudente e incluso indispensable. La justicia para con el marxismo funcionalista exige que éste sea rehabilitado (de acuerdo con las líneas aquí esbozadas). Pero no exige que creamos que es el camino más fructífero para futuras investigaciones.

CITAS:

[*] "Functionalist Marxism rehabilitated. A comment on Elster", *Theory and Society*, 11, 1982, pp. 497-511. Traducción de Pilar López.

[**] Philippe van Parijs es un investigador becario de la Fundación Nacional Belga de la Ciencia y profesor invitado en la Facultad Universitaria de Saint Louis (Bruselas) y en la Universidad de Louvain-la-Neuve. Es autor de *Evolutionary explanation in the social sciences: an emerging paradigm* (1981) y en la actualidad está trabajando en otro libro, provisionalmente titulado *Théories de la justice: la nouvelle philosophie politique anglo-saxonne*.

[***] Las páginas indicadas se refieren a la edición de *Zona Abierta* 33, de octubre-diciembre de 1984 (Nota de la Redacción de *Sociológica*).

[1] Véase Louis Althusser, "Idéologie et appareils idéologiques d'Etat", en *Positions*, París, Editions Sociales, 1976, pp. 104-5 ("Ideología y aparatos ideológicos de Estado", en *Escritos*, Barcelona, Laia, 1974).

[2] Véase G.A. Cohen, *Karl Marx's theory of history*, Oxford University Press, 1978 (La teoría de la historia de Karl Marx, Madrid, Siglo XXI-Pablo Iglesias, en preparación), y, por ejemplo, Michel Aglietta, *Régulation et crises du capitalisme*, París, Calmann-Lévy, 1976 (Regulación y crisis del capitalismo, Madrid, Siglo XXI, 1979), o Robert Boyer y Jacques Mistral, *Accumulation, inflation, crises*, París, PUF, 1978.

[3] Tal como lo entiende Elster, el individualismo metodológico afirma que "todos los fenómenos sociales (...) sólo son en principio explicables en términos de individuos" (p. 22). En otras palabras, al principio mencionado infra añade que el mecanismo debe localizarse al nivel individual. No sólo Elster no hace un alegato en favor del individualismo metodológico, contrariamente a lo que sugiere su engañoso subtítulo, sino que ni siquiera cree en él: las explicaciones funcionales en las ciencias sociales que encuentra menos problemáticas (las justificadas por una selección natural de los sistemas sociales; véase infra) suponen precisamente una violación inequívoca del individualismo metodológico.

[4] Cohen (p. 286) afirma que es "razonable proponer explicaciones funcionales, a la luz de las pruebas adecuadas, con antelación a una teoría en proceso de elaboración (es decir una teoría que especifique la naturaleza del mecanismo)". Pero es precisamente porque necesariamente se carece de estas "pruebas adecuadas", al menos en las disciplinas no experimentales, por lo que creo que la postura de Elster en esta cuestión es correcta. Daré por sentado esto último en el resto de este artículo, que puede por lo tanto ser considerado como una refutación de la conclusión de Elster sobre sus propias bases.

[5] En otro lugar ("Cohen on Marx's theory of history", *Political Studies*, 23, 1980, p. 283), Elster se refiere a él explícitamente. Más análisis de la sugerencia de Stinchcombe acerca de los procesos de Markov se pueden encontrar *ibid.*, páginas 126-127, y en Elster, "Reply to comments", *Inquiry*, 23, 1980, pp. 227-28.

[6] Véase Philippe van Parijs, *Evolutionary explanation in the social sciences*, Rowman and Littlefield y Tavistock, 1981, especialmente sección 33. La siguiente descripción de la distinción entre selección natural y refuerzo suscita algunas dificultades, que no tienen por qué ser abordadas aquí (véase *ibid.*, sección 49).

[7] Sobre este último ejemplo, véase Donald T. Campbell, "Evolutionary epistemology", en P. Schilpp, comp., *The philosophy of Karl Popper*, La Salle (Il.), The Library of Living Philosophers, 1974, pp. 422-23.

[8] Véase Van Parijs, sección 18.

[9] Hay dos diferencias auténticas pero, en mi opinión, insignificantes entre la formulación de Elster y la mía. He sustituido "muchos" por "todos" en D e insertado "latentes" en F. El primer cambio carece de importancia, ya que la afirmación más fuerte no es menos discutible que la más débil. Y el segundo cambio sólo corrige lo que es una omisión involuntaria en el texto de Elster.

[10] Esto no es válido, sin embargo, si las funciones latentes se definen por referencia a alguna estructura económica o política específica (por ejemplo, por referencia a la reproducción de las relaciones capitalistas de producción) como en el análisis que hace Elster de P y F en Marx (p. 27). D se ve, pues, sustancialmente reforzado y P debilitado, de tal forma que muchas críticas acertadas de F (que sigue estando implícito en la conjunción de D y P) pueden no afectar a P.

[11] Van Parijs, capítulo 3-6.

[12] Véase Cohen, especialmente capítulo 10.

[13] Véase Van Parijs, sección 50.

[14] La única forma de hacer de este contraste algo más que una simple cuestión de descripción es, creo yo, interpretarlo, de acuerdo con las líneas aquí sugeridas, como una distinción entre "satisfacción" y "optimización".

[15] Si esto significa un estancamiento absoluto, es difícil creer que el capitalismo alcanzará alguna vez este estadio. Si significa más bien un ritmo que es extremadamente lento en comparación con el que sería posible en el socialismo, es difícil comprender cómo bastaría para generar una fuerte presión en favor del cambio. Como dice Cohen en una reciente comunicación: en el primer caso, no se satisface la condición de la predecibilidad, mientras que en el segundo caso no se satisface la condición de la revolución (Cohen, "On historical materialism", comunicación presentada en la Universidad de Leiden, 1981, p. 3). La salida a este dilema que él sugiere (apelando a una "grave disfunción temporal del sistema económico") coincide con la sugerencia hecha *infra*, así como en Van Parijs, páginas 201-2).

[16] Véase Van Parijs, secciones 47 y 61.

[17] Véase Cohen, *Karl Marx's theory*, pp. 294-95.

[18] *Ibid.*, p. 292.

[19] Véase Cohen, "Functional explanation: reply to Elster", *Political Studies*, 28, 1980, pp. 134-35.

[20] Véase Andrew Levine y Erik O. Wright, "Rationally and class struggle", *New Left Review*, 123, 1980, pp. 65-67.

[21] Véase Van Parijs, sección 63, para un argumento similar en el caso de la teoría marxista del Estado.

[22] Cohen, Karl Marx's theory, p. 293.

[23] John E. Roemer, *A general theory of exploitation and class*, Harvard University Press, 1982, capítulo 10.

[24] De otra forma, la equivalencia entre la explotación feudal y capitalista de Roemer, por un lado, y la explotación "neoclásica" y "marxista", por otro, no sería válida.

[25] Roemer, capítulo 10, p. 33: "Cada modo de producción podría inculcar a la clase explotada las creencias que le son necesarias para realizar su 'tarea histórica'". Sin embargo, esta sugerencia es inequívocamente descartada más adelante, cuando explica que la razón de que no reservara el término "explotación" a las desigualdades socialmente innecesarias (es decir, desigualdades tales que la coalición explotada pudiera mejorar su situación si se substrajera al sistema en el que prevalecen) es que (según una hipótesis que lanza a modo de tanteo) "la gente en una sociedad comienza a considerar explotadoras ciertas formas de desigualdad cuando surge la posibilidad y finalmente la necesidad de eliminarlas. Esto ocurre antes de que esas formas de desigualdad resulten socialmente innecesarias" (Ibid, p. 34, la cursiva es mía).

[26] Obsérvese que si se adopta una versión de la teoría de la crisis basada en la "extracción de la ganancia" (profit-squeeze) o en la "inflación del conflicto (conflict-inflation), lo que hace injustas las relaciones capitalistas de producción en términos del criterio de Rawls (a causa de su mal funcionamiento) podría tener mucho que ver con que los trabajadores las perciban como injustas (¿usando algún otro criterio?) y por tanto se resistan a los recortes salariales y a las racionalizaciones más enérgicamente de lo que lo habrían hecho si sus intereses no hubieran estado respaldados por un sentimiento de injusticia. En otras palabras, de acuerdo con este argumento el sistema es percibido como injusto porque es injusto (en términos rawlsianos), y es injusto (en términos rawlsianos) porque es percibido como injusto.

[27] De acuerdo con la exposición del propio Elster, el funcionalismo y la teoría de juegos no agotan el campo de la teoría marxista. Como explica claramente (p. 40), la teoría de juegos incluye el caso de una interacción estratégica, que sólo constituye una parte del campo de una aproximación "intencionalista" a los fenómenos sociales. Las explicaciones conspirativas, por ejemplo, a las que Elster concede alguna validez (p. 33) no requieren normalmente una interpretación basada en la teoría de juegos. Además, aun si se niega que la conducta humana se reduce siempre a la ejecución casi compulsiva de unos papeles aprendidos (p. 40), muchas explicaciones marxistas no son intencionales ni funcionales, sino causales. Pueden tratar, por ejemplo, de explicar causalmente los resultados de la interacción entre agentes paraméricamente racionales (p. 40) la formación de preferencias (n. 46) o la hegemonía ideológica (p. 22). El marxismo basado en la teoría de juegos no es más que una de las muchas "alternativas" al marxismo funcionalista. Para un análisis más general de la filosofía de las ciencias sociales de Elster, véase Van Parijs, "Sociology as general economics", *Archives Européennes de Sociologie*, 22, 1981, pp. 299-324, y "Perverse effects and social contradictions. An analytic vindication of dialectic?", *British Journal of Sociology*, 1982.